

de toda clase, estaban entonces demasiado encolerizados por los asuntos de Italia, para apreciar favorablemente una medida que respondía á sus aspiraciones.

En la mente del emperador era un ensayo leal: quería acostumbrar poco á poco á la Francia á la libertad para ver si sabría usar de ella fructuosa y razonablemente: la experiencia le decidiría ó á limitar las reformas ó á proseguir su desarrollo.

X

LAS COLONIAS FRANCESAS

Después de la visita que Napoleón III hizo en el verano de 1860 á Saboya, Niza, Córcega y Argel, se encerró en su concha, según expresión de lord Cowley, y trabajó activamente en la obra que había emprendido sobre la historia de *César* que á tantos comentarios de diferente naturaleza dió lugar en la prensa francesa y extranjera. Sin perjuicio de estas tareas literarias, ocupóse también en mejorar el estado del ejército, y en ver si podía aflojar algún tanto las riendas del gobierno, comenzando por el decreto del 24 de noviembre, del que se ha hecho mención en el anterior capítulo.

Muy al revés de lo que pensaba la opinión pública, Napoleón había reconocido en la campaña de Italia de 1859 que la situación militar de Francia dejaba bastante que desear y que no habría sido posible á su gobierno poner sobre las armas otro ejército para tomar la ofensiva, en caso necesario, junto al Rhin, además de los ciento veinte mil hombres que habían sido enviados á Italia. Con este motivo había pedido ya en febrero de 1860 á su ministro de la Guerra, el general Randón, proyectos de reforma, diciéndole que era preciso establecer una nueva base para que se hiciera con más prontitud y mayor facilidad el pase del pie de paz al de guerra, así como estudiar muy particularmente la organización de las reservas de caballería y artillería. Así se hizo: se tuvieron largas discusiones muy secretas, pero no se llegó á ningún resultado, ya porque lo crecido de los gastos asustara al emperador, ó ya por no perjudicar la gran opinión que en todas partes se tenía formada del ejército. Pero al fin hubo que vencer este último escrúpulo en noviembre del año siguiente y confesar públicamente que Francia había desarmado 400.000 hombres para reducir su fuerza permanente al pie de paz, pero que en este estado necesitaba tener forzosamente 400.000 hombres para poder disponer de 650.000 en caso de guerra, y que estas cifras de 400.000 y 650.000 eran las cantidades mínimas de que ningún gobierno podía prescindir en Francia. No obstante, tampoco se hicieron entonces las reformas proyectadas, y en 1866 el mismo emperador olvidó aquellos números mínimos, reduciendo el efectivo del ejército para aquel año á 389.000 hombres.

Esta disminución continuada podía servir de prueba de que el emperador no meditaba en aquellos años ninguna guerra europea, y no menos lo probaron

las expediciones ultramarinas que emprendió y que por el modo de su composición debilitaron la eficacia del ejército mucho más de lo que indicaba la reducción del número. Más adelante hablaremos de la guerra de Méjico, la más importante y la más funesta para Napoleón de estas empresas ultramarinas. Ya hemos hablado de la campaña china y de la expedición de Siria. La expedición de Faidherbe á la Senegambia fué notable, así por la habilidad con que fué dirigida como por el éxito que la coronó. Faidherbe, desde 1854 gobernador de la Senegambia, había asegurado y ensanchado en varias campañas los límites de aquel territorio francés, sometiendo en enero de 1861 en su campaña contra el cacique de Cayor, sin disparar un solo tiro, todo su territorio costanero y toda la orilla derecha del Senegal hasta más allá de Baltel de Medina. Igualmente obligó al profeta Omer-el-Hadyi, que amenazaba á la colonia, á reconocer la soberanía francesa y agregó á los dominios franceses la península del Cabo Verde y la provincia de Dyander. Reemplazado pasajeramente por el almirante Jaureguiberry, continuó Faidherbe hasta 1865 en la Senegambia, que gracias á su actividad prosperó sólidamente. En cambio la influencia francesa hizo pocos progresos en Madagascar, porque el rey Radama II, favorable á los franceses, que había subido al trono en 1861, fué asesinado en 1863. Sólo en 1868 consiguió el gobierno francés un convenio que permitió á sus súbditos la adquisición de inmuebles en aquella isla, lo cual más adelante dió todavía lugar á muchas dificultades. La ocupación de Obok, adquirida en 1862, á la entrada del mar Rojo, fué por lo pronto puramente nominal, hasta que más adelante con la apertura del canal de Suez aseguró á la Francia una buena posición en aquellas aguas.

La posesión francesa más importante fué siempre la Argelia. Sabido es que el dominio francés quedó allí afirmado con mucha lentitud. Durante los primeros once años (desde 1830 á 1841) tuvo la culpa de esta inseguridad el continuo cambio de gobernadores y de sistemas de gobierno, hasta que al fin el gobierno meditaba ya si se limitaría á sostenerse en las costas. Pero entonces los siete años de gobierno del mariscal Bugeaud produjeron progresos muy lisonjeros, y fiel á su lema *ense et aratro*, no se contentó con sofocar la sublevación de Abd-el-Kader, vencer á Marruecos y hacer respetar las armas francesas también en el Oeste y Sur, sino que atrajo colonos, construyó caminos, fundó aldeas y obtuvo resultados positivos. En 1847 fué relevado, y nombrado el duque de Aumale gobernador general, el cual tuvo que dejar su puesto á consecuencia de la revolución de febrero; y desde entonces hasta el mes de septiembre de 1848 se sucedieron seis generales diferentes en el gobierno de Argelia. La asamblea constituyente fomentó la colonización concediendo para este objeto cincuenta millones de francos, y además se emprendieron algunas expediciones militares pequeñas; pero en general se estacionó el desarrollo de la colonia. Saint-Arnaud volvió á restablecer la autoridad francesa primero por su expedición en la primavera de 1851 contra las kabilas, y Pelissier sofocó

algunos meses después un levantamiento cerca de Argel. Randón, que fué nombrado después del golpe de Estado gobernador general, reorganizó el ejército, tuvo que dominar durante todo el año 1852 una insurrección tras otra y consiguió en los años siguientes la sumisión de algunas tribus poderosas que hasta entonces se habían sostenido independientes; pero cuando al estallar la



El general Faidherbe

guerra de Crimea fueron enviadas al Oriente tropas de Argelia en número de 30.000 hombres aproximadamente, Bu-Bargla, antiguo enemigo de los franceses, proclamó la guerra santa, y fueron menester combates sangrientos para dominar el levantamiento de las kabilas. A principios de 1855 pereció Bu-Bargla, y desde entonces se mantuvo la tranquilidad y la Argelia prosperó visiblemente. Randón fué recompensado, con ocasión del nacimiento del príncipe imperial, con el bastón de mariscal.

Para el desenvolvimiento interior del país fué de grandísima importancia un decreto imperial del 8 de abril de 1857 que dispuso el establecimiento de una red de ferrocarriles. Al mismo tiempo se autorizó á Randón para emprender una nueva expedición contra las kabilas en las montañas del Jurjura, que hasta entonces se habían sostenido indómitas. La empresa costó 1.500 hombres, pero fué coronada por el éxito: construyóse un fuerte imponente en lo alto de la sierra para asegurar la conquista, al que se dió el nombre de fuerte Napoleón, teniendo las tribus vencidas que pagar además dos millones de francos por indemnización de guerra. También fomentó Randón con gran celo la inmigración europea, aunque sin obtener grandes resultados, y se cuidó de la construcción de carreteras, puertos, ferrocarriles y otras mejoras materiales. Asimismo fomentó el cultivo del trigo, el del algodón, el del corcho, la cría del ganado caballar y lanar y la explotación minera, sin descuidar los intereses intelectuales. Claro es que para todos estos fines, como también para el culto y administración de justicia, se necesitaban recursos cada vez mayores que aprontaron, ya el Estado con subvenciones crecientes, ya los ingresos de la colonia, cuyo presupuesto ascendió bajo la administración de Randón de veinte á treinta y seis y medio millones de francos.

En los primeros años de su gobierno temió Randón repetidas veces ser llamado á París ó tener que dimitir su cargo; pero desde 1856 se encontró en su posición muy fuerte, hasta que le sorprendió el decreto del emperador del 24 de junio de 1858, nombrando al príncipe Napoleón ministro de Argelia, con poderes tan amplios que revestían al príncipe del poder de virrey. El objeto de este nombramiento no era tanto fomentar los intereses de la colonia como el dar ocupación á la ambición del príncipe, al paso que se halagaba á la opinión pública, que sin el debido conocimiento de las circunstancias clamaba por la sustitución del gobierno militar por otro civil. Randón se esforzó por demostrar la conveniencia de su gobierno y por sostenerse en su posición; pero viendo que no lo conseguía, presentó en 9 de agosto de 1858 su dimisión, la cual aceptó el emperador en una carta en extremo halagüeña. Pudo verse un progreso en la organización de distritos civiles; pero por otra parte surgieron muchos conflictos entre las autoridades civiles y las militares, por manera que toda la administración fué presa de inseguridad y confusión; y aun cuando el príncipe Napoleón, que no pudo entenderse con sus colegas en el ministerio, fué relevado de su cargo y reemplazado por Chasseloup-Laubat, la confusión continuó.

El emperador había manifestado siempre especial preferencia por los indígenas, procurando proteger sus intereses contra las usurpaciones de los inmigrantes, y la visita que hizo con la emperatriz en el verano de 1860 á la Argelia le confirmó en sus ideas. Entonces suprimió otra vez, en diciembre de aquel mismo año, el ministerio de Argelia y nombró á Pelissier gobernador general con poderes más amplios, tales como los había pedido Randón. Sin embargo, Pelissier, probablemente contra lo que esperaba el emperador, atendió más á los

intereses de los colonos que á los de los árabes, lo que decidió á Napoleón á dirigirle en 6 de febrero de 1863 una carta en la cual ensalzaba la aptitud de los indígenas para la agricultura y la cría del ganado y desaprobaba la tendencia de sustituirlos con colonos franceses. En la misma carta llamaba á la Argelia el «reino árabe.»

Con arreglo á estas ideas hizo proponer al Senado el proyecto de ley que éste aprobó y en virtud del cual se aseguró á las tribus árabes la posesión del territorio que ocupaban, de suerte que les fué abandonado también el Tele con gran disgusto de los colonos, ya que esta última comarca se prestaba más que ningún otro distrito al cultivo individual de los colonos europeos, fomentándose en cambio la vida nómada, así en el desierto como en las serranías y altas mesetas.

El Imperio tuvo que zanjar en las costas de la Cochinchina complicaciones costosas y casi interminables. Ya en 1847 y en 1851 habían llamado la atención del gobierno francés hacia el lejano país de Cochinchina las persecuciones de cristianos en Annam, y en su consecuencia había expedido allí una escuadra que conquistó la ciudad fuerte de Turón sin obtener resultados duraderos. Concluida la primera campaña china, el almirante Rigault de Genouilly recibió el encargo de emplear medidas de mayor rigor, en lo cual le auxilió una expedición española, procedente de Filipinas, al mando del coronel Palanca, para vengar el asesinato del obispo español Díaz, ocurrido en 1857, expedición que sacó de esta campaña gloria únicamente, pues todo el provecho fué para los franceses. Las tropas de éstos, unidas á las españolas, tomaron por asalto en 1.º de septiembre de 1858 las fortificaciones de la bahía de Turón y en febrero siguiente se apoderaron de Saigón, donde Rigault estableció una estación marítima. Los anamitas continuaron no obstante la lucha; y aunque el rey Tuduc solicitó en junio de 1859 un armisticio pretextando querer entrar en negociaciones de paz, este fué únicamente un ardid para ganar tiempo y sofocar una sublevación. La Francia, estando ocupada en una nueva campaña contra la China, sólo pudo volver á emprender operaciones enérgicas en Cochinchina á principios de 1861. En esta campaña, el vicealmirante Page subió por el río Mekhong destruyendo las fortificaciones en las orillas y derrotando repetidas veces á las fuerzas anamitas. En el mismo año y en el siguiente los almirantes Charner y Bonard completaron los triunfos obtenidos. Especialmente el último, que se encargó del mando en diciembre de 1861, aumentó los triunfos con la toma de la ciudad de Gokong, destruyó el campamento fortificado de Mihoa, dispersó el ejército anamita del Norte, ocupó la provincia de Bienhoa, alcanzó el 19 de enero cerca de Longlap una nueva victoria, tomó por asalto la ciudad de Phukto y persiguió á los vencidos hasta dentro de la provincia de Benthuan. Desde allí se dirigió contra el ejército meridional, al cual también derrotó, y ocupó la ciudad de Vinhlong. En estas campañas tomó dos fortalezas, treinta fortificaciones y ciento veinte cañones, con lo cual obligó á Tuduc á pedir la paz, que fué fir-

mada en 15 de junio de 1862, cediendo á la Francia la Cochinchina. Sin embargo, en diciembre del mismo año estallaron nuevas hostilidades; el gobierno francés reflexionó que era prudente restituir parte de las conquistas hechas para conservar con más seguridad la otra parte; y después de algunos nuevos triunfos militares, logró inducir á Tuduc á enviar una embajada á Francia para ofrecer cuarenta millones de duros por la evacuación completa de aquel país. Después de largas negociaciones, se convino en 15 de julio de 1864 en que la Francia conservara á Saigón y restituyera las demás provincias, recibiendo en cambio el protectorado sobre ellas, tres puertos abiertos en Cochinchina y veinte millones de duros.

Napoleón no pudo ocultarse que todas estas empresas y campañas en lejanos países no daban á la Francia ningún aumento positivo de fuerza, sino que muy al contrario empeoraban la situación de la hacienda y debilitaban la fuerza armada. A pesar de esto, el emperador, en lugar de evitar estas guerras, las buscaba, indudablemente porque esperaba encontrar en ellas sin gran riesgo una gloria militar modesta que pudiera prestarse á grandes aparatos para dar una satisfacción al pueblo francés, siempre vanidoso, satisfacción que no podía conseguirse en Europa sino á un precio que no quería arriesgar. Por este motivo prefirió aguardar con tranquilidad fatalista á que se zanjaran en Europa por medio de un congreso las muchas complicaciones que ponían en peligro la paz, creyendo además que el mismo congreso podría facilitar á la Francia los deseados aumentos de territorio del lado del Rhin. Aunque todas sus tentativas para reunir «el areópago europeo» habían fracasado, no renunció á su idea y la volvió siempre á poner en términos más ó menos precisos sobre el tapete.

XI

PRINCIPIO DE LA OPOSICIÓN Á LA POLÍTICA IMPERIAL.

MUERTE DE CAVOUR

El emperador abrió el 4 de febrero la legislatura de 1861 y la Francia se preparaba á experimentar el nuevo régimen creado por el decreto del 24 de noviembre.

La cuestión palpitante, la italiana, que era la que por entonces apasionaba los ánimos, fué la primera que sirvió de pretexto á los representantes del país para empezar á hacer uso de la libertad de discusión que en dicho decreto les concedía el emperador, y quien rompió el fuego fué precisamente el príncipe Napoleón combatiendo una enmienda presentada por M. de la Rochejaquelein en el Senado á la contestación al discurso de la corona. En la enmienda se abogaba por la soberanía del Padre Santo y por los principios del antiguo derecho público, y el primo del emperador con más vehemencia de la acostumbrada pronunció un largo discurso de oposición á dicha enmienda, haciendo la apología de la política imperial en los asuntos de Italia, y acabando por decir que el Papa debía imitar la sencillez de los apóstoles, ceder Roma á los piemonteses que la necesitaban mucho más que él, y «refugiarse en un decoroso retiro desde el cual dominaría el mundo sin depender de nadie.»

Este discurso causó profunda sensación entre los senadores poco acostumbrados á tan fogoso lenguaje. El ministro del Interior Persigny mandó que se conociera en toda Francia, insertándolo en el *Moniteur de los Ayuntamientos*. De Italia se recibieron muchas felicitaciones; en Turín se le tradujo para propagarlo por Roma y Venecia, y Cavour escribió al príncipe: «El discurso de V. A. es para el poder temporal del Papa lo que ha sido Solferino para el dominio austriaco.» Contra este discurso publicó el duque de Aumale, desterrado como todos los príncipes de la casa de Orleans, un folleto en el que contestaba á los ataques que á su familia había dirigido el primo del emperador, y que llevaba el título de *Carta sobre la historia de Francia dirigida al príncipe Napoleón*, folleto que se persiguió criminalmente, siendo duramente castigados el editor y el impresor; pero no puede aducirse este hecho como prueba de que el gobierno no quería oír verdades, porque en vista de las graves acusaciones que en aquél se dirigían contra el emperador, el permitir su publicación habría sido interpretado también muy en perjuicio suyo.